

bien pudo ser como en ella se le pinta, y á nadie parecerán exagerados sus hechos, que haya registrado las páginas de Muntaner y Desclot y Moncada.

Por conclusion.—Lo que parece de este libreo es que está escrito con sobra de precipitacion, y que no se ha empleado un mes siquiera en acopiar las noticias, pensar sobre los hechos y escribirlos, y dar la obra á la estampa. Bien puede servir de alguna disculpa á lo pobre de los conceptos y á lo incorrecto del estilo.



CAPITULO PRIMERO.

Que trata de una famosa ceremonia que se celebró en Huesca en el dozavo siglo de nuestra era.

....et que se levante Rey en sedieylla de Roma ó de arzobispo ó de obispo, et que sea areido la noche en su vigilia et oya su missa en la eglezia....etc.

FURRO DE SOBRARVE.

Si no miente el buen muzárabe que nos dejó escrito en sendos pergaminos de los que ahora llamamos palimpsestos, la peregrina historia que comenzamos á narrar en este punto, fué grande el júbilo con que los honrados burgueses de Huesca dejaron sus aposentos y salieron á inundar calles y plazas en uno de los mejores dias de Diciembre del año de 1134 de nuestra era.

El sol ardiente aquel día, como en uno de los rigurosos de estío, dejaba entender que no andaban lejanas las nubes; mas en tanto su luz vivísima embellecía, según el cronista, el más maravilloso de los espectáculos.

Que fuera todo júbilo en Huesca, es cosa en que bien pudo equivocarse el buen muzárabe; porque no siempre son de él claras señales las galas de las personas y la algazara de los labios, y el correr de los unos y el gritar de los otros, y el eco sordo é indefinible de la muchedumbre que se pone en movimiento.

Señales son que antes indican curiosidad que júbilo, puesto que lo propio se notan el día de la coronación de un rey, que aquel en que se ejecuta una sentencia de muerte, como el reo sea notable por sus crímenes.

Peró en cuanto á lo maravilloso del espectáculo, no hay más sino dar al cronista entero crédito, como que él cuenta lo que vió, aunque viejo, por sus propios ojos, y tocó con sus trémulas manos.

No hay dudar en que aquel día todas las casas de Huesca se miraban engalanadas con cortinas de varios colores y con ramos de flores recién cortadas; que las calles estaban alfombradas con juncias y siemprevivas, y con arcos á mucha altura levantados, compuestos en ramas de álamo y ciprés, arrancados con los sotos del Isuela.

Los villanos de la famosa hoya de Huesca acudían á las puertas de la muralla de tierra que á la sazón cercaba todavía los arrabales, y reuniéndose

en ella con los cultos oscenses, que al propio tiempo desocupaban sus casas, agolpábanse en tumulto á los robustos arcos flanqueados por altas y fortísimas torres que daban entrada á lo interior de la ciudad. Veíanse en aquella gran multitud los más diversos y estraños trajes; allí los caballeros ricamente aderezados y montados en hermosos caballos; allí los ciudadanos y gente común con sus ropas de abigarrados colores y caprichosos adornos; allí los muzárabes vestidos todavía como sus abuelos los godos; allí los moros recién conquistados con sus resplandecientes albornos y turbantes, y el de la mesnada cargado de hierro y el almogávar que bajaba acaso por primera vez de la montaña con sus dos dardos y corta espada, y su piel de toro atada á la cintura, y su largo capuchon de malla, y sus tóscas abarcas de cuero, desnudo el pecho y los brazos y piernas, mirando con más desprecio que admiración las ricas telas ó el limpio metal que las demás venían ostentando.

—¿Adónde vamos, Fortuñon? preguntó uno de estos almogávares á otro de harta más edad que él, con quien caminaba emparejado.

—A la *Misleida*, respondió.

—¿*Misleida*! No he oído nunca mentar eso, Fortuñon.

—Ni es de estrañar, Aznar amigo, que tanto ignores. En verdad que tú debias ser muy niño cuando nosotros peleamos uno contra veinte en aquella llanura que al frente miras, la cual es nombrada del Alcoraz. Pues sábete que de resultas de aque-

lla jornada, la mas sangrienta que hayan visto los nacidos, se nos rindió esta ciudad, tan fuerte como la ves, con esas noventa y nueve torres, que son casi tan altas como nuestras montañas.

—Pero ¿y la *Misleida*, Fortuñon? repuso el otro almogávar, que no debia ser hombre de gran espera.

—Paso, hijo mio, paso, contestó Fortuñon; á vosotros los jóvenes os cuesta envidia que los viejos nos paremos un poco allí donde recordamos nuestras hazañas. La *Misleida* era la iglesia principal de aquellos perros infieles que ocupaban esta ciudad hermosa. Mirala, Aznar, mira esta ciudad y considera cuánto dolor seria que aun estuviese en poder de aquel perro de Abd-er-rahman y de sus malditos vasallos.

—Sois prolijo, Fortuñon; decid, si os place, por qué hemos de ir á esa condenada mezquita de moros, y no á la iglesia de los cristianos, donde hoy se celebra la jura y coronacion del buen rey don Ramiro, pues eso y no otra cosa pregunto.

—; Qué sabes tú de buenos reyes! replicó Fortuñon con acento un poco dolorido; cabalmente vamos allá á la *Misleida*, á ver la jura y coronacion de don Ramiro, porque has de saber que el rey don Pedro (¡aquel sí que era buen rey, Aznar!) convirtió la gran mezquita de los moros en santa catedral de cristianos.

Y á tiempo dijo esto Fortuñon, que llegaban entrambos á la estrecha plaza en donde se levantaba la rica *Misleida*, querida y venerada de los moros

á la par de las grandes mezquitas de Córdoba y de la Meca, y á la sazón tenida de los cristianos por uno de los mejores templos consagrados al culto del Dios verdadero.

En la plaza era innumerable el gentío, y las puertas del templo se miraban ocupadas de tal suerte, que no parecia posible hallar entrada.

Fortuñon y Aznar lograron, sin embargo, abrirse camino por en medio del gentío y por entre las numerosas columnas árabes del templo que no parecia sino un bosque simétricamente plantado. Lo extraño de su continente y lo espantoso de sus armas y postura, al propio tiempo que la fama de ásperos y violentos que alcanzaban los almogávares, impulsaba á los pacíficos burgueses á apartarse cuando veian llegar á los dos camaradas, y de esta suerte lograron cosa que á tales horas no era posible que otros lograsen.

La ceremonia andaba ya bien comenzada. El nuevo rey don Ramiro, despues de haber velado las armas toda la noche, segun ordenaba la ley del Fuego, habia oido misa y comulgado, ofreciendo ante el altar púrpura y oro en monedas, las primeras batidas en su reinado.

En aquel momento la comitiva, compuesta de muchos prelados y caballeros, estaba puesta delante del altar mayor.

Ocho ricoshombres de los mejores del reino alzaban sobre su largo pavés á don Ramiro, gritando al propio tiempo muy esforzadamente:

—*Real, Real, Real.*

Los circunstantes repitieron todas tres veces el grito, y entonces el rey, desde lo alto del pavés, arrojó á la muchedumbre copia de monedas nuevas, que podrian valer hasta cien sueldos.

Luego pusieron el pavés en tierra los ricoshombres, y el rey se llegó por sí propio al altar donde estaba la espada y la corona, y se ciñó una y otra por sí mismo, como en señal de que nadie del mundo tenia derecho sobre él para ponerle ó quitarle los atributos de la majestad.

Aquí cuenta el cronista que don Ramiro anduvo un tanto torpe en el ceñir de la espada, como hombre que no acostumbraba á ceñirla; bien es que si hubiéramos de dar entero crédito á su manuscrito, en toda la ceremonia se mostró el rey como embarazado y con menos majestad que convenia.

Pero ello es que puesta la espada y corona, se encaminó el rey á un tablado puesto á mano derecha del altar, y ricamente forrado de tela de seda con las armas de Aragon aquí y allí bordadas. Encima del tablado habia una silla de ébano, con primorosas labores de nácar y marfil, y aun de oro y piedras preciosas en algunos lugares, en la cual el rey se asentó y aguardó á que llegase el reino á tomarle juramento.

Subió primero el arzobispo de Zaragoza acompañado de otros dos prelados, y poniéndole delante la cruz y los santos Evangelios, le dijo:

—¿Jurais ser fiel á la santa Iglesia católica y obediente á sus príncipes y prelados?

—Sí juro, respondió el rey.

—¿Jurais respetar las decisiones de la Iglesia en sus concilios y las sentencias de los Santos padres en todo lo que atañe al dogma y á la interna y esterna disciplina?

—Sí juro, volvió á responder el rey.

—Pues si eso haceis, concluyó el prelado, Dios os lo premie, y si no, os lo demande; que si os lo demandará así en esta vida como en la otra.

Bajó el arzobispo del tablado y subieron tres ricoshombres que fueron Roldan, Gil de Atrosillo y Garcia de Vidaura; y el primero de estos, presentándole tambien la cruz y los santos Evangelios, habló al rey de esta suerte:

—¿Jurais respetar los fueros y privilegios que nosotros los ricoshombres del reino disfrutamos desde *ab initio*, por la gracia de Dios y por nuestros merecimientos en paz y en guerra?

—Sí juro, respondió el rey.

—¿Jurais devolver á todos y cada uno de nosotros los castillos y lugares de que injustamente estamos desposeidos por vuestros predecesores?

—Sí juro, dijo de nuevo el rey.

Pues si eso cumplís, repuso Roldan, conservaréis el reino eternamente, y si no, lo perderéis en justo castigo de vuestro perjurio.

El cronista dice que al sonar estas últimas palabras se sintió un rumor entre el pueblo, que por lo confuso no parecia claramente si era de aprobacion ó de reprobacion; y aunque mas indicaba ésta que no aquella, con todo, no le fué dado averiguarlo, porque como muzárabe que era, no estaba muy al

corriente en las costumbres y usanzas de los conquistadores aragoneses.

No bien acabó el juramento del rey á los vasallos, comenzó el de los vasallos al rey, que fué por tal manera: subiendo al tablado unos tras otros todos los arzobispos, y obispos, y abades, y todos los barones y ricoshombres, y allí jurando de guardarle el cuerpo y de ayudarle á mantener la tierra, el pueblo y los fueros. Y jurado esto, iban besando todos su mano en señal de obediencia y vasallaje.

Tal ceremonia se halla difusamente descrita en el manuscrito muzárabe que vamos siguiendo, con los nombres de los prelados, caballeros y diputados que se hallaron en ellas, y las riquezas y pompa que cada uno traía, y los colores y divisas de estos y aquellos, y otras tales menudencias, que ni son para tan exíguo librejo, ni mucho podrian importar á nuestros lectores.

No es de olvidar, sin embargo, que en los momentos de la jura de los brazos del reino, se soltaron por el techo de la iglesia multitud de papelicos de varios colores, donde se miraban escritas leyendas y trovas en el mal latin y peor romance que por entonces andaba en uso; costumbre esta de echar papelicos á la muchedumbre en fiestas de reyes no tan abandonada como debiera estarlo en nuestros dias.



CAPITULO II.

Donde se prosigue la materia del anterior, con un maravilloso suceso.

Por lo que no le respetan.
Por lo que le desacatan.

ROMANCIERO.

Así como hubo fin la coronacion y jura, el rey y su comitiva se encaminaron á la puerta principal del templo.

Allí fueron de ver los empujones, amenazas, y carreras, y los gemidos y maldiciones, en los que los piadosos burgueses de Huesca prorumpian al sentirse magullados estos, pisoteados los otros, traídos de acá para allá entre las oleadas de la muchedumbre anhelosa por ver á la luz del dia al nuevo